

anciano vagabundo surgió del foso y se le puso delante. En aquel ente andrajoso y sucio, de barba cubierta de musgo reconoció al tío Jorge, al espanto de sus primeros años, y pensó en entregarle la carta para su suegra: « Lleva eso á casa. »

Con la carta en la mano, él no se movía, inclinada la cabeza y cerrando el paso á aquella hermosa criatura que miraba con sus ojos vacilantes, rosada de color en los tonos rosados de la aurora. Ella creyó que esperaba el precio de su encargo: « No tengo dinero, le dijo, allá te pagarán. » Pero él no parecía comprender, y permanecía inmóvil delante de ella, murmurando sus labios palabras que no podían salir. Y únicamente cuando la joven lo separó con un gesto brusco para pasar y desapareció en la vuelta de un matorral, fué cuando el viejo echó á andar en sentido inverso lanzando un ronquido sordo, una queja inarticulada que le salió del fondo de la garganta.

IV

Frente al Pabellón, en el ángulo del camino de Corbeil y de una callejuela campestre que baja hacia el Sena por entre las vides, hállase apoyada contra la pared de un antiguo parque una fuente muy conocida por los caminantes, con su taza de hojalata mantenida por una cadena. El primer sonido que distinguió Ricardo cuando salió de su letargo cuya duración no podía apreciar, fué el choque de esa taza, que el transeunte deja caer después que bebe en ella. Sonrió ante ese ruido que conocía desde la infancia, abrió los ojos y desde su cama, en la media luz del cuarto con las cortinillas cerradas, distinguió reflejada en lo blanco del techo, como sobre la pantalla de una linterna mágica, la sombra microscópica de un caminante que examinaba su morral después de un descanso en la fuente de la esquina.

— Oh, el camino..., exclamó en alta voz, dichoso de haber hallado este recuerdo. Pero al mismo tiempo le volvió el recuerdo de su desastre. Tuvo frío, tuvo miedo, y con movimiento pueril volvió á cerrar los ojos como para sumirse otra vez en el anonadamiento, en el olvido de todo. Mas sus ojos cerrados veían, sus oídos percibían los sonidos, y siempre la misma cosa, la imagen y las palabras de su madre cuando á la entrada del pasadizo le gritaba:

— ¡ Tu mujer ha huído!

Por una extraña anomalía, en esta naturaleza muy sencilla y suave pero enteramente instintiva, los celos de que tanto debía sufrir andando los días, hasta el punto de hacerle servir de tipo á este estudio pasional, no le hicieron sentir inmediatamente sus garras y su pico acerado de Quimera cruel. Cuando supo que su mujer se había marchado con Carlos, su marinero, según el joven se llamaba á sí mismo, con el amigo que más quería, el golpe le pareció sin duda muy duro; herida de vientre, traidora, de abajo arriba, pero que por lo inesperada era menos dolorosa. « Con él... es con él... » Un rubor fugitivo sobre la palidez de su calentura, una nubecilla que veló sus ojos de perro fiel, y esto fué todo. El mal de los celos vino más adelante, le hirió por retroceso y entonces hasta

el delirio. Por el momento todo desaparecía en el grande y oscuro abismo abierto á sus pies, y á cuyo fondo miraba sin comprender... ¿ Huída... por qué?... ¿ Qué le habían hecho?... ¿ De modo que ella no le quería, cuando él la amaba tanto?

Sentado cerca de su ventana, ante aquel horizonte familiar en que todo le recordaba á Lidia, el único pensamiento de su convalecencia fué este: « ¿ Qué ha ocurrido? » Hubiera querido leer la carta que ella escribió al marcharse, pero su madre la guardaba, diciéndole que se la enseñaría más adelante cuando estuviera curado, pues había allí cosas capaces de hacerle mucho daño y hasta de provocar un nuevo ataque. ¡ Cuidado si la miserable se pondría contenta!

En realidad, la carta de Lidia acusaba con tanto rigor á la suegra, con tal acento de rebelión y sinceridad, que ésta retrocedía ante la desesperación y tal vez de la ira de su hijo, enamorado como el primer día después de ocho años de matrimonio. La constancia de este amor era lo que asustaba sobre todo á la buena mujer.

Para ella, lo mismo que para otras muchas francesas, más bien madres que esposas, que consagran al hijo la ternura desdeñada que el marido no ha querido ó sabido aprovechar, la pasión le parecía únicamente un accesorio de novela ó de

teatro, y la vida matrimonial una asociación sin relieve. ¿Cómo hubiera podido explicarse la violencia de este deseo que leía en la mirada de su hijo, tan indomable al cabo de los años como el día en que su llanto de fuego corría por las vidrieras de la *isba*?

— La verdad es que no comprendo á los hombres, decía á Ricardo, mientras le acompañaba y sostenía en su primer paseo por el parque una tarde radiosa de Agosto... Ustedes pueden amar y despreciar al mismo tiempo... Así, tú piensas todavía en esa perdida que te ha engañado, que vive con otro y que te convirtió en hazmerreir de la comarca.

La madre sentía temblar el brazo que descansaba en el suyo, pero continuaba con voz dura y ojos de operador implacable.

— Toda su historia se sabe. Figúrate que se daban cita en nuestra casa... Él venía de noche saltando las paredes.

— Entremos ahí, mamá, no puedo más, murmuró Ricardo empujando la puerta de la pequeña casita de madera. Y al dejarse caer sobre el diván con todo su peso, desalentado, los muelles cansados rechinaron, y el mismo pensamiento hizo ponerse encendidos de un golpe á la madre y al hijo.

— Por tu orgullo, por tu nombre, mi querido hijo, no pienses más en esa mujer, prométemelo.

Movió un cojín para sentarse junto á él y le cayeron en la mano alfileres de pelo allí olvidados. Recogiólos y los tiró fuera con asco. Después siguió un silencio pesado, durante el cual penetró en el recinto una golondrina, rozó las vigas del techo con un *frrt* de abanico abierto y desapareció, como capricho de mujer.

— Prométemelo..., repetía la madre muy conmovida. Ricardo contestó:

— Pues bien, sí, te lo prometo; pero con una condición... quiero saber... quiero que me digas dónde están.

Ella tuvo miedo de haber tocado con demasiada fuerza la fibra del orgullo y de la ira.

— ¿Saber dónde están? ¿Y para qué? ¿Qué tratas de hacer?

— Nada, es una curiosidad.

— Está bien; las gentes de Granburgo han regresado; allí me lo dirán.

La Sra. Fénigan prometió ir en persona á buscar noticias en casa de los Alcántara, por miedo á un escándalo. Todo se reduciría á tener una jaqueca, como cada vez que se ponía un sombrero.

Dos días después, bajando del coche delante

de la inmensa escalinata de Granburgo, encontró á la duquesa en animada é íntima conversación con el Sr. Alejandro, cuyo saludo irónicamente afectado dió frío en el corazón á la recién llegada.

— Luego hablaremos, Alejandro, dijo la duquesa introduciendo á la Sra. de Fénigan en un pequeño salón tapizado con sederías antiguas... « ¿ Á qué debemos esta visita, señora notaria? » preguntó con tono de benevolencia hipócrita y altanera. La notaria, tan bien apostrofada por su título, pareció irritada de semejante acogida, no obstante todo lo que de terrible y de no expresado había entre ellas.

— Señora, mi hijo Ricardo ha estado á punto de morir.

— Ah, de veras... ha sido tanto... lo ignoraba...

— ¿ Cómo, no sabía V. que mi pobre hijo?... »

— Por Dios, querida, son asuntos tan delicados... »

Y paseaba un frasquito por delante de su nariz de curva hebraica.

— Ese asunto le toca á V. muy de cerca sin embargo, murmuró la de Fénigan. Y de pronto, en la explosión de su resentimiento maternal:

— Ah, duquesa, es una gran desdicha que su hijo haya encontrado en su camino al mío.

La cabecita de cabellos amarillos se alzó con una mala risa:

— ¿ No pretenderá V. acusar á Carlejo del rapto de su nuera? Mi hijo tiene apenas diez y ocho años y estaba aun en el colegio... »

Abrióse una puerta y en la larga hilera de los salones de recibo surgió la triste figura enflaquecida del general duque que se apoyaba penosamente en el brazo de su sillón para saludar á la notaria con estas insolentes palabras:

— Añadiré, señora mía, que nuestro inocente se ha ido tomando á préstamo cien mil francos que nos costarán el doble, mientras que si Danae se jacta de haber huído, lo hizo justamente con la camisa que llevaba encima.

Mientras hablaba, un antiguo espejo colocado sobre la chimenea del pequeño salón reflejaba el temblor de sus largos bigotes torcidos por una sonrisa de rabia y el gesto desesperado que el maestro Juan hacía detrás del sillón con el arco de su violoncello. La Sra. de Fénigan se había puesto en pie con dignidad y salió diciendo:

— Desead que vuestro hijo no se encuentre frente á frente del mío.

El general se estremeció, pero la duquesa para tranquilizarlo:

— Deja, añadió, uno está en Uzelles y otro cami-

no de la India. Difícil será que se encuentren.

Sin embargo, apenas se alejó el coche de la Sra. de Fénigan, llamaron á Alejandro.

— ¿ Mi general?

— No pierdas de vista al Ricardo, oyes y si se marchá de aquí, síguelo y tennos al tanto.

La duquesa añadió :

— Cuanto á los gastos de mi hijo, pida lo que quiera, hábleme V. en persona del caso.

El antiguo mozo de comedor se inclinó hasta el suelo y salió de Granburgo irónico y contento.

Ricardo entretanto iba de un lado á otro del salón de su quinta, dando pasos iracundos, y subidos los hombros, al oír el relato que le hacía su madre, llena de indignación en su mecedora, con el sombrero sobre las rodillas. El marido tuvo paciencia hasta el cabo de la historia, apretando de ira los dientes; al fin, parándose delante de su madre, la levantó, la estrechó contra su corazón y en una explosión de ternura poco frecuente en aquel espíritu reconcentrado, le dijo :

— Todo acabó. Tienes razón, esa mujer es indigna; que vaya á donde quiera. Nunca más volveremos á hablar de ella.

Hablaba así en la sinceridad de su enojo, torturado por la idea de que Lidia había robado á un colegial. Por primera vez sintió lo grotesco y ver-

gonzoso de la aventura, asombrándose de haber tenido á su lado tanto tiempo sin conocerla una enferma, una histérica, invocando el testimonio de su madre, que insistía, encantada de su triunfo :

— Es culpa nuestra, hijo mío.... Fuimos á buscarla al Hospicio. Así se evitan las molestias que ocasiona una familia; pero la mujer llega sin antecedentes sin quien responda de ella, envuelta en el misterio, en lo desconocido, con todos los defectos posibles transmitidos por herencia. Esa muchacha se creía de sangre noble, idea que le metieron en la cabeza las hermanas del convento. En todo caso, su nobleza arrastraba en las venas muchas infamias... Dame un beso y no pensemos más en ella.

Así trató él de hacerlo, imponiendo grandes cansancios á su cuerpo, para caer de noche en profundo sueño. Es probable que si Ricardo hubiera tenido por esposa una mujer de su casa, como la madre, consagrada á su huerto y sus armarios, su ropa blanca y sus dulces, Ricardo se habría distraído de su dolor en la vida exterior. Pero Lidia, sin hijo, sin casa que cuidar, acompañaba por todas partes á su marido, iba con él de caza y de pesca, y cuando quiso huir de su recuerdo, lo encontró en todas sus excursiones,

vivo y presente como la sombra de su dicha desvanecida.

Las primeras redes que puso después de la partida de su mujer fueron las que echó entre Ris y Juvisy, á unos cuantos metros de la orilla. El agua, muy tranquila en ese punto, le presentaba la imagen invertida de un albergue de canteros, un antiguo paradero de coches que alzaba solitario junto á la vereda de la orilla del Sena su gran techo de paja y sus elevadas ventanas de pequeñas vidrieras.

— ¿Quizás me he metido demasiado en las hierbas? preguntó Chuchín que iba al remo y que se extrañaba de la inmovilidad de su amo. Ricardo no contestó; en aquel instante y en aquel sitio estaba resucitando una escena de su vida matrimonial, el río salpicado por un aguacero de tormenta, el cielo negro, la barca llena de agua, Lidia gritando y viendo bajo el chaparrón uno de sus zapatitos perdidos en la prisa del desembarco; después la sala del albergue, larga y sombría, en que unas velas puestas en los golletes de las botellas vacías alumbraban las cabezas hurañas de los canteros, de los extractores de arena, de los pastores sorprendidos también por la tempestad, y que secaban sus grandes capas de lana delante del fuego de haces donde Lidia se calentaba, tor-

ciendo su cabellera, muy divertida al ver aquellas miradas de deseo, aquellos ardores de faunos mantenidos á distancia por el aspecto vigoroso y los robustos puños de su compañero.

— El agua está muy clara aquí, Chuchín, exclamó al fin Ricardo con alterada voz. Ante el vigoroso empuje del guarda-pesca, el espejo que reflejaba el antiguo albergue se rompió en veinte pedazos que se fueron al fondo del río con los recuerdos evocados. La barca se paró en la isla de los Gorriones, sitio maravilloso para echar las redes; pero aquel día el amo no tenía suerte.

La isla se abre en una de sus puntas, formando una media luna algo prolongada, donde sobre un fondo de arena fina duerme agua transparente en las sombras cruzadas de dos sauces colgantes y frondosos. Lidia llamaba á ese sitio su tina, pues con el bote de Ricardo frente á la entrada y desplegada su ancha vela, con los sauces como cortinas á ambos lados, allí tomaba su lección de natación y para salir del agua y dejar su vestido, todo se volvían risotadas y alaridos al menor roce de una rama de sauce ó de un insecto que huía asustado contra su rosado cutis desnudo. La evocación de aquella espléndida carnación chorreando agua, satinada por la luz y el aire, llena de escalofríos y resplandores, el sabor de pronto re-

cordado de aquel hermoso fruto en que sólo una vez se había atrevido á morder en proporción de su apetito, por fin la desolación hasta el llanto de las alegrías perdidas, de las horas muertas, eso es todo lo que pescó en las tres ó cuatro horas que estuvo en la isla de los Gorriones.

— Cosa rara, decía por la noche á la cocinera el guarda-pesca, el señorito no ha cesado de cantar en todo el día á pesar de la cara triste que tiene.

En efecto, mientras que se absorbía en el único y querido recuerdo, volvía maquinalmente á la memoria un aria de Pergoleso, que tocaban el maestro Juan y Lidia; y ahora, llevando el compás de los bajos, acompañaba con sus « pum pum » el canto divino que resonaba en su cabeza y le henchía el corazón.

Los días siguientes continuó la misma obsesión. En todas las vueltas y revueltas del río, á toda hora, en aquellas brumas matinales tan densas que había necesidad de guiar su esquife oyendo el choque de la ola contra los estribos de los puentes, ó por la noche, cuando el farol de alguna barcaza se deslizaba misteriosamente por la superficie del agua; y en el Yeres y el Orge, esos pequeños afluentes del Sena limitados por verdes riberas, grupos de árboles y jardines floridos, por

palomares, lavaderos y antiguas abadías transformadas en molinos, dondequiera se le aparecía la imagen de la amada. Fuera cual fuese el punto á donde se dirigía su remo, allí la descubría, esbelta y fresca como una planta acuática, con su tez de color blanco verdoso, impenetrable á las quemaduras del sol y del aire.

El bosque corría á orillas del río. Ricardo se lanzó á sus espesuras para librarse de la obsesión que le producía el agua. Pero también allí, en los matorrales, en las enrucijadas de las verdes alamedas, cuyos letreros indicadores conocía todos, la visión le perseguía. Lidia siempre; y cuando no era Lidia en persona, encuentros fortuitos, circunstancias que venían á recordarle su infortunio. Una tarde, al volver de una larga caminata á pie, al pasar delante de la Ermita, oyó unas voces ásperas y afectuosas que gritaban :

— ¡ Eh, D. Ricardo !...

— Saltacor, apellidado el indio, anciano guarda-bosque gigantesco, temido por los vagabundos, casaba á su hijo, empleado de comercio en París, con una muchacha que trabajaba en la misma casa. En medio del patio cubierto y destartalado del antiguo claustro, hallábanse sentados á la mesa guardias con la librea azul de Granburgo y sus mujeres de curtido cutis, endomingadas con bri-

llantes colorines, el arrendatario de Ricardo y su familia, los dos músicos de la boda, y el Sr. Alejandro, muy bien puesto, botas de charol, pantalón claro, haciendo señas con su lente á la novia, una fea muy simpática, vestida y peinada admirablemente. Ricardo tuvo que entrar y sentarse un instante. La comida tocaba á su término, pero se bebieron algunos vasos más de vino blanco á la salud de los desposados. Después, al dar la señal el cornetín, se bailó una cuadrilla á los últimos resplandores del crepúsculo. Ricardo y el indio, apoyados de codos en la mesa, hablaban mirando el baile.

— Lo que es coqueta sí la creo, D. Ricardo, muy coqueta, decía el guarda-bosque que seguía las evoluciones de su nuera con sus ojos diminutos de pesado paquidermo.... Así es que el muchacho no quiero que vuelva al almacén, tanto más cuanto que tiene el pecho algo débil. Van á pasar aquí unas temporadas. Él irá todos los días á trabajar en París y yo cuidaré de su mujer. En mi tiempo no tuve suerte con la mía; pero lo que es ésta, respondo de que andará derecho.

— Ya me lo figuro, contestó Ricardo con forzada sonrisa, pensando para sí que habría debido confiar al indio la vigilancia de su quinta.

La noche iba cubriendo el bosque cuando Fé-

nigan salió de la Ermita; ya los pájaros no cantaban, sólo el cornetín de la boda lanzaba sus notas rítmicas y chillonas, pero esta no era la música que nuestro personaje oía, la que acompañaba con sus bajos, con sus dolorosos « pum pum pum » sembrados en la oscuridad de las alamedas.

Desanimado, ya no volvió á salir. En el piso bajo del Pabellón, cerca del cuarto de la ropa blanca, estaba lo que llamaban el estudio. Ricardo, que desde la huída de su mujer dormía en su cuarto de soltero, cercano al de su madre, se servía también de aquella pieza abandonada para dormir su siesta en el ancho sillón de cuero y examinar la cuenta de algún trabajo delante de la mesa escritorio del difunto notario. Ahora ya no salió de allí. Desde la ventana se entretenía como durante su infancia en mirar al camino y descubrir antiguos conocimientos, la carretilla del peón caminero, el jorobadito vendedor de calzado, imágenes sencillas de una especie de gran juego infantil como el del pato, en que se le aparecía inclinada junto á la suya propia la frente de Lidia. Recordaba el miedo que su mujer tenía de los bueyes y también de la carreta de Fucart, donde llevaban á los ahogados debajo de un trapo en tiempo de los baños fríos... Justamente hela allí

que sube lentamente del Sena, aquella carreta misteriosa, trayendo al ayuda de cámara del anciano Merivet, sacado de las malezas de la orilla donde se ahogó por su imprudencia. Éste era el sacristán de la Pequeña Capilla; así es que su pobre amo le sigue llorando, más encorvado y escuálido que de costumbre.

... ¡ Toma ! si es el tío Jorge con su largo garrote y un pedazo de pan debajo del brazo. Sin embargo, hoy no es el día de los pobres; pero hace ya tiempo que el viejo vagabundo no sale de los alrededores de la quinta. Parece que acecha y espera. Siempre se le encuentra dando vueltas en torno de la propiedad, ó recostado contra una de las rejas, por la parte del camino ó del bosque. « No suelta la borrachera », dijo Chuchín con aire envidioso; y las muchachas de la cocina, cuando el anciano mendigo acerca á los ventanillos de ésta su hocico de hombre-perro y sus ojos llorosos, le gritan riéndose: « ¿ Tienes penas amorosas, tío Jorge ? »

En los días cálidos y luminosos es siniestro ver á aquella pobre larva humana que se arrastra por el camino, agarrándose á los árboles y las paredes. ¿ De dónde sale ? ¿ Tiene eso una patria ? ¿ Qué lengua, que dialecto deshace aquella boca sin dientes ? ¿ Y cómo vive en Uzelles, en ese rincón

de Francia aquel viejo mendigo, tan perdido, tan desconocido y extraño, como si vagara por el centro de África ?

... Allí se acerca á la fuente, tratando de coger la taza y llenarla de agua clara. Sus manos tiemblan, sus pies resbalan, su sombrero, un antiguo casquete sin forma ni color, cae al lado del vaso derramado, y esto hace desternillarse de risa á la joven labradora de enfrente, que en pie, cuida de su corral, con las dos manos sobre un enorme vientre de mujer preñada. Por fin el miserable, después de horribles enfuerzos, logró beber pegando la boca á la llave, y dos hilitos de agua caen de su barba, mientras el sol calienta su cráneo pelado, rojo, surcado de gruesas venas azules. Y Ricardo recuerda lo que Lidia le decía una vez, que nunca había podido ver á un vagabundo pararse al caer de la tarde para beber en aquella encrucijada y permanecer indeciso con la vista en el suelo; que nunca había podido contemplar esa miseria de incertidumbre y de abandono sin pensar que aquel ser errante había sido un pequeño, mecido, mimado por una tierna madre que tal vez lo miraba dormir soñando para él brillante porvenir. ¿ Cómo era posible que la mujer capaz de tanta bondad, de piedad tan sincera, hubiese hecho tanto daño á su marido ? ¿ Acaso